

Cuarto Domingo de Pascua

Hech 2,14.36-41; 1 Pe 2,20-25; Jn 10,1-10

La confianza de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la vida en la plenitud del Espíritu Santo estén con ustedes.

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, visité una pequeña granja rural de ovejas muy temprano por la mañana. Una ligera neblina cubría los campos, y el sol apenas comenzaba a salir. Mientras caminaba entre los rebaños, noté que un corderito se había alejado demasiado y quedó atrapado en una cerca baja. Su madre balaba con angustia, dando vueltas y llamándolo. El granjero se acercó lentamente, se arrodilló y abrió suavemente una puerta. El cordero corrió libre, y la preocupación de la madre desapareció. Esa escena tan sencilla permaneció conmigo. Me recordó cómo también nosotros podemos extraviarnos en la vida — atrapados en cercas de miedo, ansiedad o culpa. Y, sin

embargo, Cristo, nuestro Buen Pastor, nos llama por nuestro nombre. Él abre las puertas que nos encierran y nos invita a pastos de paz, seguridad y abundancia. Al reunirnos hoy, somos invitados a recordar que la Iglesia es a la vez refugio y puerta. En este lugar escuchamos la voz del Pastor, encontramos alimento y aprendemos a seguirlo con amor. Pero la llamada no termina aquí: así como el cordero sale del redil hacia el amplio pasto, nosotros somos llamados a llevar al mundo lo que recibimos en esta Eucaristía — a llevar cuidado, esperanza y vida a quienes encontramos.

Este domingo, al celebrar la imagen de Cristo Buen Pastor y reflexionar sobre la vida abundante que Él nos ofrece, abramos plenamente nuestros corazones. Escuchemos atentamente su voz, confiemos en su guía y preparémonos para seguirlo fielmente, dondequiera que Él nos conduzca.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor, nuestro Buen Pastor, que nos guíe de nuevo a sus pastos:

Por las veces en que hemos ignorado la llamada del Pastor y hemos vagado por caminos de miedo o de pecado. Señor, ten piedad.

Por las veces en que hemos fallado en cuidar a los perdidos, a los solos o a los heridos. Cristo, ten piedad.

Por las veces en que hemos cerrado la puerta de nuestro corazón a quienes están en necesidad. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Buen Pastor, que busca y salva a los perdidos, tenga misericordia de ustedes. Que perdone sus pecados, fortalezca sus corazones y los conduzca a pastos de vida y de paz y a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Alabemos a Dios, nuestro Pastor, que nos llama por nuestro nombre y nos guía a la vida en abundancia:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, Pastor de tu pueblo, tú nos llamas por nuestro nombre y nos abres la puerta a la vida en abundancia. Por medio de tu Hijo, Jesucristo, nos conduces a verdes praderas de paz y nos guías por senderos de justicia. Fortalece nuestros corazones para escuchar su voz en medio del ruido del mundo, y danos el valor de seguirlo fielmente, de cuidar a los perdidos, a los solos y a los necesitados, y de compartir la abundancia de tu amor con todos los que encontramos. Que el don de esta Eucaristía nos alimente y nos transforme, para que, guiados por tu Espíritu, podamos ser pastores unos para otros, y testigos de tu misericordia y bondad en todo lugar. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo... Amén.

HOMILÍA: “YO SOY LA PUERTA – LA VOZ DEL BUEN PASTOR”

Hace algunos años, entré en la iglesia una tarde calurosa de sábado. Afuera, el aire era pesado y sofocante, pero dentro, la frescura era acogedora. Esperaba pasar un tiempo en oración y reflexionar sobre el Evangelio. Pero justo cuando me senté, un pájaro entró por una ventana abierta.

¿Alguna vez les ha pasado? Un pájaro dando vueltas dentro de una iglesia es una distracción como ninguna otra. Seguía chocando contra las ventanas luminosas, buscando desesperadamente una salida. Algunas aberturas estaban abiertas, pero no podía encontrarlas. Lo observé y pensé: “Aquí hay una criatura atrapada entre la libertad y el encierro”. Y entonces me impactó — cuántas veces nosotros también nos encontramos atrapados, no en una jaula de plumas, sino en las jaulas de la culpa, del miedo o incluso de reglas demasiado complicadas. Esta imagen viene vivamente a la mente cuando escuchamos a Jesús decir en el Evangelio de hoy:

“Yo soy la puerta; quien entre y salga por mí encontrará espacio amplio; encontrará pastos abundantes; tendrá vida en abundancia.”

La puerta que trae libertad

En tiempos de Jesús, el pueblo judío a menudo se sentía atrapado por las normas. Seiscientos catorce mandamientos, algunos muy minuciosos, pesaban sobre su vida diaria. Caminar demasiado en sábado, recoger una espiga aquí o allá, curar a alguien necesitado — todo esto era considerado una falta. Los mismos mandamientos destinados a dar libertad se convirtieron en jaulas.

Y aquí viene Jesús diciendo: “Si te sientes encerrado, ven a mí. Yo soy la puerta. Por mí encontrarás libertad.”

Pensemos en los discípulos la tarde de Pascua, reunidos tras puertas cerradas, paralizados por el miedo y la culpa después del arresto de Jesús. Jesús vino a ellos y dijo: “¡Shalom! La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también yo los envío.” Las puertas se abrieron, y también sus vidas. Jesús no encierra; Él libera.

Incluso hoy, muchos jóvenes en la Iglesia se sienten cargados por “debes, no debes, harás...” Pueden pensar: “Si realmente vivo como cristiano, ya no tengo libertad”.

Pero la libertad en Cristo no es una licencia para hacer lo que queramos — es la apertura del corazón al amor, al perdón y a la plenitud de la vida.

Hace muchos años, un anciano párroco tenía una costumbre sencilla. Cada domingo se colocaba en la puerta principal de la iglesia antes de la Misa. Saludaba a cada persona, a veces sosteniendo la puerta abierta, a veces cerrándola suavemente cuando la iglesia estaba llena. Un día un niño le preguntó: “Padre, ¿por qué siempre está en la puerta?”

Él sonrió y dijo:

“Porque Jesús dijo: ‘Yo soy la puerta’. Si permanezco aquí el tiempo suficiente, tal vez aprenderé cómo Él acoge a las personas.”

¿No es hermoso? Cada persona que entra en la iglesia lleva una historia, una esperanza, una carga. El sacerdote sabía que la puerta no es solo un paso — es el lugar

donde Cristo nos encuentra, donde el amor y la acogida comienzan.

Una puerta protege y abre un camino

Una puerta tiene dos propósitos importantes. Primero, una puerta protege. En invierno cerramos nuestras puertas para conservar el calor dentro. En los antiguos castillos había puentes levadizos y portones. Los amigos eran bienvenidos; los enemigos quedaban fuera. Una puerta puede ser un escudo.

Segundo, una puerta abre un camino. Donde hay un muro, una puerta crea un paso. Conduce de una habitación a otra, del interior al exterior, de lo estrecho a lo amplio.

Cuando Jesús dice: “Yo soy la puerta”, habla de ambos significados. Cristo no fundó un grupo de personas que permanecen encerradas entre sí. Él quiere que su Iglesia abra sus puertas. Por medio de Él debemos salir al mundo — con su manera de mirar a las personas.

Por medio de Él significa:

- con su compasión,

- con su verdad,
- con su valentía.

Jesús dice de las ovejas:

“Ellas conocen su voz.”

¿Cómo reconocemos su voz? Es la voz que da vida, no miedo. Es la voz que edifica, no destruye. Es la voz que busca al perdido, no su propio interés.

“He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.”

Este es el “mensaje breve” de Jesús. El mensaje más corto y más poderoso de su misión. Todo lo que Él dice y hace sirve a este único propósito: que tengamos vida en plenitud.

Si Jesús es la puerta, entonces Él es el camino por el cual Dios viene a nosotros y nosotros vamos a Dios. Al final de nuestras oraciones decimos a menudo: “por Jesucristo nuestro Señor”. Eso no es solo una fórmula. Es un modo de vida. Oramos por Él, sí — pero también vivimos por Él. Pasamos por Él en la oración, en la Eucaristía y en los actos de amor y perdón. Cada vez, Él nos protege y nos

sostiene. Nos libra del mal y nos introduce más profundamente en la vida misma de Dios — una vida que es amor.

También hay aquí una llamada sutil para nosotros. En cierto sentido, también nosotros estamos llamados a participar en el papel de Cristo. Al menos, no debemos ponernos en el camino de Dios. Más aún, estamos invitados a convertirnos en pequeñas “puertas” para otros — aperturas a través de las cuales la gracia de Dios pueda entrar en sus vidas. A veces somos pastores, guiando y animando. A veces simplemente somos la puerta, permitiendo silenciosamente que Dios actúe. La fuerza del amor

Permítanme compartir una pequeña historia de alguien que conocí. Una mujer en nuestra parroquia tenía un jardín completamente descuidado. Había intentado todo — horarios estrictos, recordatorios de su familia, incluso contratar ayuda — pero las malas hierbas seguían creciendo y ella se sentía frustrada y derrotada. Entonces, un día, su pequeña nieta vino de visita. La niña no la

reprendió, no insistió, no ofreció reglas ni listas. Simplemente se arrodilló en la tierra, plantó algunas semillas con alegría y se rió mientras la tierra se pegaba a sus manos.

Algo cambió en el corazón de la abuela ese día. Al ver la alegría y el amor puro de la niña, se sintió inspirada a cuidar el jardín por sí misma. Trabajó con paciencia, lo cuidó con esmero, y en poco tiempo el jardín floreció. El amor — sencillo, paciente, acogedor — logró lo que las reglas, las amenazas o los horarios nunca pudieron. Así es como Jesús actúa con nosotros. No nos obliga ni nos amenaza. Nos llama, suavemente y con amor, a la vida en abundancia. Donde está el amor de Dios, lo que parecía imposible se vuelve posible.

Jesús como Pastor

Jesús no se queda solo en ser la Puerta. Él es también el Buen Pastor. Conoce a sus ovejas por su nombre. Las llama, y ellas reconocen su voz.

Hace muchos años, un joven enfrentaba una decisión que cambiaría su vida: una carrera muy bien pagada o un

camino sencillo de servicio a los pobres. Se sentó en silencio en una iglesia, pidiendo a Dios que le hablara. No vinieron visiones espectaculares, solo una claridad suave en su corazón. Eligió el camino más sencillo, y años después dijo: “Fue la voz suave, no la más fuerte, la que me guió”.

Esto es lo que Jesús promete: una presencia que guía con amor, una voz en la que confiar en medio del ruido del mundo.

Un turista visitó una vez a un pastor en Palestina. El pastor llamó: “¡Men ah!”, y las ovejas lo siguieron. El turista intentó las mismas palabras — nada ocurrió. Las ovejas solo reconocían la voz del pastor. Así sucede con nosotros. En un mundo lleno de voces, muchas compiten por nuestra atención. Solo la voz de Cristo conduce a la vida.

Vida en abundancia

Jesús dice: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. No solo la abundancia de cosas que el

dinero puede comprar, sino la abundancia más profunda y duradera que viene de Dios.

Recuerdo a una feligresa anciana que se reconcilió con su hermana, de la que estaba separada desde hacía años. Una lectura del Evangelio no la dejaba en paz hasta que actuó. Esa insistencia suave le trajo una paz profunda. La vida en abundancia no se encuentra en las posesiones, sino en el amor, el perdón, el servicio y la comunión con Dios.

La Iglesia: un lugar de protección y de paso

Entramos en la Iglesia por el bautismo. Es a la vez seguridad y paso. Una puerta nos protege del daño, sí, pero también se abre hacia el alimento, la misión y la vida en el mundo.

Una vez escuché de una mujer que se sentaba en el mismo banco durante cuarenta años. Ella decía: “Desde aquí puedo ver quién está solo — y la próxima semana me sentaré a su lado”. Eso es entrar por la puerta de Cristo: ver a los demás con los ojos del Buen Pastor.

Sin embargo, debemos recordar: la fe no está hecha para permanecer dentro de estos muros. Jesús dice que quien entra por Él entrará y saldrá y encontrará pastos. Entrar y salir. De la contemplación a la acción. De la oración a la misión. Del silencio de la iglesia a las necesidades del mundo.

Pastores y puertas

Un agricultor enfrentó una fuerte tormenta. Sus ovejas se dispersaron. Mientras otros le decían que esperara hasta la mañana, él salió a la oscuridad. “Ellas conocen mi voz”, dijo. Horas después regresó — empapado pero victorioso. Las ovejas estaban a salvo gracias a la confianza y al amor.

Este es el corazón de Cristo: no un asalariado que trabaja por un salario, sino un pastor que da la vida. Él va delante de nosotros, protegiendo, guiando y llamándonos a los pastos.

Y nosotros estamos llamados a imitarlo — no como jefes, sino como puertas, como pastores, como personas a través de las cuales el amor de Dios llega a los demás.

Incluso pequeños gestos — una escucha atenta, un corazón abierto, una palabra de perdón — pueden convertirse en puertas de vida para alguien más.

Escuchar la voz interior

El mundo es ruidoso, pero Dios a menudo habla en silencio. Un niño perdido en un mercado solo reconoce la voz de su padre en medio del ruido y corre hacia él. De manera similar, debemos cultivar la capacidad de reconocer la voz del Buen Pastor en medio de tantos mensajes.

La oración, el silencio, la Escritura, la guía espiritual y el buen consejo nos ayudan a discernir su voz. La conciencia bien formada es donde la invitación de Dios se hace clara. Y a veces Él habla a través de una suave inquietud, impulsándonos hacia la reconciliación, el valor o la generosidad.

El tesoro de la vida

Un anciano vecino contó una vez a unos niños sobre un tesoro escondido en su pueblo. Muchos buscaron en los

campos y jardines, pero el tesoro no estaba en la tierra, sino en el corazón que sabía dónde mirar.

Así es la abundancia que Cristo ofrece. Es un don, no una mercancía. Es un tesoro que no se puede comprar, solo recibir. La Puerta está abierta, el Pastor llama y los pastos esperan.

Una joven visitó una gran catedral, preocupada por su futuro. Sobre la puerta vio una imagen de Cristo Buen Pastor con las palabras: “Entra por mí”. Se dio cuenta de que había estado tratando de escalar muros, buscando éxito y aprobación. La paz llegó solo cuando pasó por Él. Queridos hermanos y hermanas, el tesoro que buscamos no está fuera de nosotros. El camino no está escondido en ningún mapa. La Puerta está ante nosotros. Cristo mismo es esa Puerta. Pasemos por Él con confianza.

Escuchemos su voz. Sigámoslo hacia la vida abundante que promete — no solo en la eternidad, sino aquí y ahora. Y un día, cuando nos llame por nuestro nombre por última vez, seguiremos su voz familiar hacia los pastos eternos, donde la vida es abundante para siempre. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Así como el pastor llama a cada una de sus ovejas por su nombre y las conduce a verdes praderas, también Cristo nos llama a creer, a confiar y a seguirlo.

Pongámonos de pie y profesemos juntos nuestra fe en el Pastor que nos guía, nos abre la puerta a la vida y nos conduce a la paz abundante.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como el Pastor cuida de cada oveja y abre la puerta a la seguridad y al alimento, presentemos nuestros dones con alegría, para que este sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Jesús, Buen Pastor y Puerta de la vida, recibe estos dones de pan y vino, signos de tu cuidado y guía.

Que esta Eucaristía nos fortalezca para seguir fielmente tu voz, abrir nuestro corazón a los perdidos y a los solos, y compartir tu vida abundante con todos los que encontramos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú llamas a tu pueblo por su nombre y nos reúnes en un solo rebaño. Por tu Hijo, Jesucristo, Puerta y Buen Pastor, nos conduces del miedo a la libertad, de la soledad a la comunión, del extravío a los caminos de la vida y la abundancia.

Por su enseñanza, su cuidado y su sacrificio, aprendemos a confiar en su voz, a seguirlo sin temor y a imitar su guía amorosa para los demás. Por medio de Él, tu pueblo es alimentado y fortalecido, sanado y restaurado, y llamado a ser pastor unos para otros, llevando misericordia, consuelo y paz a un mundo herido.

Por eso, con los ángeles y los santos, con los pastores y los fieles de toda generación, elevamos nuestros corazones con alegría y cantamos tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Pastor que nos llama, abre la puerta a la vida abundante y nos conduce a verdes praderas de paz, oremos con confianza como Él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la paz en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestras comunidades.

Haz que reconozcamos tu voz en medio del ruido del mundo y que siempre encontremos las puertas que tú abres hacia la libertad, el amor y la vida abundante.

Condúcenos por los pastos de tu misericordia y danos el valor de cuidar a los que vagan, están perdidos o agobiados, mientras esperamos con gozosa esperanza la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, Pastor de nuestras almas, tú prometes la vida en abundancia. Ayúdanos a escuchar tu voz en medio del ruido del mundo y a llevar tu paz y tu cuidado a nuestras familias, nuestras comunidades y a nuestra Iglesia. Fortalécenos para seguir tu guía en cada desafío, para proteger a los perdidos y a los solos, y para ser signo vivo de tu misericordia, tu paciencia y tu amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a su mesa, donde el Pastor alimenta a su rebaño.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo, recordemos: Él es la Puerta que se abre para nosotros, el Pastor que nos llama por nuestro nombre y la fuente de la vida abundante.

Que salgamos a compartir su amor, a escuchar su voz y a guiar a otros con paciencia, compasión y valentía.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, Pastor y Puerta de la vida,
nos has alimentado en tu mesa con tu Cuerpo y tu Sangre.
Fortalece nuestros corazones para escuchar tu voz, dejar
atrás las cercas del miedo y del pecado,
y cuidar de todos los que están perdidos, solos o
necesitados.

Que tu Espíritu nos guíe para ser pastores en nuestras
familias, nuestras comunidades y nuestra Iglesia, para que
todos experimenten la paz, la alegría y la vida abundante
que tú prometes. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, el Buen Pastor, vele por ustedes y guíe sus
pasos.

Que les conceda valentía en las dificultades, paciencia en
las pruebas y alegría en el servicio a los demás.

Que abra las puertas de su corazón al amor, al perdón y al
cuidado, para que, como Él, puedan pastorear a quienes
les han sido confiados con misericordia y ternura.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, siguiendo a Cristo, Puerta y Pastor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Jesús no es una puerta que se cierra detrás de ti;
Él es la Puerta que se abre de par en par, el Pastor que
conoce tu nombre.

Escucha su voz, síguelo fielmente,
y deja que su amor guíe tus pasos hacia la vida
abundante.

LUNES DE LA 4ª SEMANA DE PASCUA

Hechos 11,1-18; Jn 10,11-18

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, en un pequeño pueblo, había un pastor llamado Elías. Cada mañana revisaba su rebaño, llamando a cada oveja por su nombre, sabiendo cuáles disfrutaban del sol o de la sombra, y cuáles eran tímidas o traviesas. Se preocupaba profundamente por cada una, no por su valor, sino porque le pertenecían.

Un día, un viento fuerte dispersó un cordero joven hacia el bosque. Mientras los demás buscaban en otras partes, Elías se adentró directamente en el bosque. Después de un tiempo, encontró al cordero enredado entre los arbustos, lo levantó sobre sus hombros y lo llevó a casa, gozando de que confiara en él.

Esta historia refleja el amor que vemos en las lecturas de hoy. En los Hechos, Pedro entra en la casa de Cornelio, alguien que nunca esperaba encontrar. Cuando predica, el Espíritu desciende sobre toda la casa de Cornelio, como en Pentecostés. El amor de Dios llega más allá de las fronteras, trayendo a todos a su cuidado.

En el Evangelio, Jesús se describe a Sí mismo como el Buen Pastor. A diferencia de un asalariado que abandona el rebaño cuando hay peligro, Jesús se entrega por completo. Nos conoce íntimamente, nos guía personalmente y da su vida por sus ovejas. Cada uno de nosotros es conocido, amado y buscado por el mismo Pastor.

Nuestra respuesta debe ser fidelidad. Así como Elías cuidó del cordero perdido, estamos llamados a reflejar la dedicación de Cristo: cuidar profundamente, amar desinteresadamente y ayudar a otros a encontrar el camino hacia el rebaño. Cada acto de compasión participa en la obra del Buen Pastor.

Incluso en las catacumbas, los primeros cristianos representaban a Jesús cargando a la oveja perdida, recordándonos que somos amados personalmente. San Pablo lo resume así: “Vivo por la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí.” Hoy, Jesús nos llama a confiar en Él, seguirlo y permitir que su amor guíe nuestras acciones.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el Buen Pastor que conoce a cada uno de nosotros personalmente y nos llama por nuestro nombre. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, perdónanos cuando dejamos de confiar en tu guía o nos apartamos de tu rebaño. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, ayúdanos a cuidar de los demás y vivir con fidelidad como miembros de tu rebaño. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, por el amor constante de Cristo, perdona nuestros pecados, fortalece nuestra fe y guíanos por sus caminos.

Que lo sigamos con fidelidad, cuidemos unos de otros con dedicación y reflejemos su amor en nuestras comunidades.

Que Él tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, reúnes a tu pueblo en un solo rebaño bajo Cristo, el Buen Pastor.

Concede que lo sigamos con fidelidad, confiemos en su guía y cuidemos unos de otros con amor y dedicación.

Que reflejemos la unidad y la compasión de tu Hijo en todo lo que hagamos.

Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo...
Amén.

HOMILÍA

En un pequeño pueblo, había una alfarera llamada Miriam, conocida por sus delicados recipientes de barro. Cada vasija que hacía era única: algunas altas, otras bajas, algunas redondas, otras delgadas. Cada una la manipulaba con cuidado, moldeándola con atención, cuidando cada grieta e imperfección.

Un día, un cliente accidentalmente dejó caer una vasija frágil. Se rompió en el suelo. En lugar de desecharla, Miriam juntó pacientemente los pedazos, los limpió y

hábilmente reconstruyó la vasija con pegamento y oro, haciéndola aún más hermosa que antes.

Esta historia nos recuerda el amor de Dios en las lecturas de hoy. En los Hechos, Pedro es llamado a entrar en la casa de Cornelio, un lugar que nunca esperaba. Sin embargo, cuando predica, el Espíritu Santo desciende sobre todos los presentes, mostrando que el cuidado de Dios se extiende más allá de los límites humanos.

Así como Miriam restauró la vasija rota, Dios nos restaura, sana y reúne, sin importar cuán lejos hayamos ido o cuán rotos nos sintamos.

En el Evangelio, Jesús se describe como el Buen Pastor. A diferencia de un asalariado, no abandona a las ovejas cuando hay peligro. Su cuidado es personal, íntimo y generoso. Nos conoce profundamente, nos busca cuando nos desviamos y se regocija cuando volvemos. Cada gesto de fidelidad, compasión o servicio refleja ese amor.

Estamos llamados a responder con fidelidad, así como Miriam restauró la vasija frágil. Estamos invitados a cuidar unos de otros con paciencia, guiar y apoyar, y participar en la obra del Buen Pastor. Cada acto de bondad y cada esfuerzo por acercar a otros a Cristo construye su rebaño y refleja su amor.

Incluso en las catacumbas, los primeros cristianos representaban a Jesús cargando a la oveja perdida, recordándonos que cada uno de nosotros es conocido, amado y acogido personalmente.

San Pablo lo expresa bellamente: “Vivo por la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí.”

Así como Miriam restauró la vasija rota, Jesús restaura y carga a cada uno de nosotros. Sigámoslo con fidelidad, confiemos en su guía y seamos instrumentos de su cuidado y amor en el mundo.

El Buen Pastor da su vida por nosotros; vivamos con alegría, sabiendo que somos amados, restaurados y bienvenidos en su cuidado. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar los dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestros corazones y nuestra disposición a seguir a Cristo con fidelidad, a cuidar de los demás y a participar en la obra de su Espíritu en el mundo.

Oremos ahora, hermanos y hermanas, para que mi sacrificio y el vuestro sean aceptables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que traemos con gratitud y amor. Que nos fortalezcan para seguir a Cristo con fidelidad, cuidar a tu pueblo y reflejar su dedicación y compasión en nuestra vida diaria. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú eres el Buen Pastor, que conoce a cada uno por su nombre y nos llama a tu cuidado. Nos guías con amor, nos

proteges y nos conduces a praderas verdes y aguas tranquilas.

Por la obediencia de Pedro, revelaste que tu amor no conoce fronteras ni naciones, llevando tu mensaje a Cornelio y su casa, mostrando que todos están llamados a compartir tu Reino.

Por Cristo, nuestro Buen Pastor, que da su vida por las ovejas, vemos manifestado tu amor. Por Él, el Espíritu obra en nuestros corazones y en la Iglesia, capacitándonos para cuidar unos de otros y dar fruto en tu Reino.

Por eso, con todos los ángeles y santos, aclamamos tu gloria, uniéndonos al himno eterno de alabanza: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el cuidado de Dios y confiando en el amor del Buen Pastor, recemos ahora como Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, y, como Pastor amoroso, guíanos por los caminos de la fidelidad.

Que escuchemos la voz de Cristo, cuidemos unos de otros con dedicación, y le sigamos con corazón atento a su guía y manos dispuestas a servir a su rebaño, mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres nuestro Pastor y Guía. Concede paz a nuestros corazones, a nuestros hogares y a nuestras comunidades. Que tu amor sane divisiones, lleve esperanza a los desanimados y valentía a los temerosos.

Ayúdanos a seguir tu voz, apoyarnos en la fe y reflejar tu compasión y cuidado en todo lo que hagamos. Que experimentemos la plenitud de tu paz y la compartamos generosamente con quienes nos rodean. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, nuestro Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas y nos guía hacia los pastos de la vida eterna.

Bienaventurados los que somos llamados a su mesa, donde somos nutridos, conocidos y llevados en su cuidado.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Buen Pastor nos ha nutrido con su Cuerpo y Sangre. Que su cuidado siga guiándonos y fortaleciéndonos, inspirando actos de compasión, ánimo y servicio fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, al participar de esta Eucaristía, ayúdanos a seguir a Cristo con fidelidad, cuidar unos de otros y responder a su llamado con amor y dedicación. Que el Espíritu nos guíe en el servicio y nos ayude a dar fruto para tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, el Padre, sea vuestro Pastor;
que Cristo, el Buen Pastor, os guíe;
y que el Espíritu Santo os fortalezca en la fe, la esperanza
y el amor. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, siguiendo a Cristo, nuestro Buen Pastor, y
compartan su amor, cuidado y guía con todos los que
encuentren.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cristo conoce a cada uno de nosotros personalmente y
nos llama a seguirlo con fidelidad.

Escuchemos su voz, cuidemos a los demás y reflejemos
su amor y guía en todo lo que hagamos.

Martes de la 4ª Semana de Pascua

San Pedro Chanel

Hechos 11,19-26; Juan 10,22-30

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un pequeño jardín comunitario en un barrio estaba en peligro de ser abandonado. La parcela se había llenado de maleza y los vecinos pensaban que no se podía hacer nada con ella. Entonces, una mujer tranquila y observadora notó el potencial en aquel terreno descuidado. No se apoderó de todo ella sola; en cambio, animó a otros, trajo herramientas y encontró jardineros experimentados para ayudar a plantar verduras y flores. En pocos meses, lo que parecía perdido se convirtió en un jardín floreciente, que alimentaba a las personas, inspiraba a los niños y reunía a los vecinos con alegría.

Las lecturas de hoy nos recuerdan a ese jardín. En los Hechos, escuchamos sobre Antioquía, donde el Evangelio se predicó por primera vez a los no judíos. Los primeros cristianos en Jerusalén dudaban: ¿era esto obra de Dios o solo entusiasmo humano? Bernabé, llamado “Hijo de la Consolación”, fue enviado a discernir la presencia del

Espíritu. Reconoció la obra de Dios en Antioquía y llevó a Pablo para que se uniera a él. Juntos, cultivaron una comunidad que fue la primera en ser llamada “cristianos”. Bernabé vio el potencial, lo animó y permitió que la obra de Dios floreciera.

Su ejemplo nos desafía hoy. ¿Con qué frecuencia notamos la acción del Espíritu a nuestro alrededor y la apoyamos? ¿Con qué frecuencia animamos a otros, fomentamos sus dones y abrimos espacio para la obra de Dios? Los tiempos difíciles, lejos de bloquear a Dios, pueden abrir puertas a la vida nueva.

El Evangelio nos recuerda otra verdad: Jesús como el Buen Pastor. “Mis ovejas escuchan mi voz, y nadie puede arrebatarnos de mi mano.” El cuidado del Pastor es seguro y atento, pero requiere nuestra respuesta: escuchar, seguir y permanecer cerca de Su voz. Como Bernabé, estamos llamados a notar semillas de vida nueva, apoyarnos mutuamente y cooperar con el plan de Cristo. Las acciones ordinarias, el aliento y la escucha fiel pueden dar fruto extraordinario cuando son guiadas por el Espíritu.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el Buen Pastor que conoce a cada uno de nosotros personalmente y nos llama por nuestro nombre. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, perdónanos cuando no escuchamos tu voz o no seguimos tu guía. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, ayúdanos a animarnos mutuamente y a cooperar con tu Espíritu en el crecimiento de tu Iglesia. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, por tu infinita misericordia, perdona nuestros pecados, fortalece nuestro corazón y guíanos por tus caminos.

Llévanos a seguir fielmente a Cristo, a cuidarnos unos a otros con amor, y a participar en tu misión para el mundo, y condúcenos un día a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, por medio de tu Hijo, Jesucristo, nos llamas a seguirlo como nuestro Pastor y a apoyarnos unos a otros en la fe y el amor. Concédenos escuchar atentamente Su voz, animarnos mutuamente y cultivar los dones de tu Espíritu en nuestras comunidades. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Hace algunos años, un centro de salud comunitario en un pequeño pueblo enfrentaba el cierre. El edificio estaba deteriorado, los consultorios vacíos y la asistencia había disminuido. La mayoría pensaba que no se podía hacer nada, pero una enfermera llamada Mariana vio potencial. Comenzó ofreciendo atención básica, invitando a voluntarios y organizando talleres de prevención. Poco a poco, el centro empezó a prosperar. Las familias encontraron ayuda, los jóvenes aprendieron hábitos de salud, y la comunidad se fortaleció. Lo que parecía perdido se transformó en un lugar de vida y esperanza porque alguien notó, animó y actuó.

Esta historia nos ayuda a reflexionar sobre las lecturas de hoy. En los Hechos, escuchamos sobre Antioquía, donde el Evangelio se predicó por primera vez a los no judíos. Los primeros cristianos en Jerusalén dudaban: ¿era esto obra de Dios o solo entusiasmo humano? Bernabé, el “Hijo de la Consolación”, fue enviado a discernir la presencia del Espíritu. Reconoció la obra de Dios en Antioquía e invitó a Pablo a unirse a él. Juntos cultivaron una comunidad que fue la primera en llamarse “cristianos”. Bernabé vio el potencial, lo animó y permitió que la obra de Dios floreciera, así como Mariana revitalizó el centro de salud con cuidado y liderazgo silencioso. El ejemplo de Bernabé nos desafía hoy. ¿Con qué frecuencia notamos la acción del Espíritu en la vida de quienes nos rodean? ¿Con qué frecuencia animamos a otros, damos espacio a sus dones y participamos en la misión de Dios? Incluso cuando las circunstancias parecen difíciles, Dios puede traer crecimiento, sanación y renovación a través de nuestra cooperación.

El Evangelio nos recuerda otra verdad: Jesús como el Buen Pastor. Él dice: “Mis ovejas escuchan mi voz... y nadie las arrebatará de mi mano.” El cuidado del Pastor es firme, protector y dador de vida. Pero nos llama a responder: escuchar, seguir y actuar. Dios nos invita a colaborar con Él en cultivar la vida, animar a los demás y fomentar comunidades de fe y amor.

Así como los esfuerzos de Mariana transformaron el centro de salud en un lugar vibrante de servicio y esperanza, nuestra atención, aliento y cooperación con el Espíritu pueden dar fruto extraordinario. Cuando escuchamos a Jesús, apoyamos a los demás y respondemos con fidelidad, participamos en la obra de Dios de restauración y crecimiento.

Recemos por la gracia de Bernabé: ver, animar y permitir; y recemos por la humildad para escuchar, seguir y confiar en el Buen Pastor que nos sostiene con seguridad en Su mano, ahora y siempre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar los dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestro corazón y nuestro compromiso de seguir a Cristo con fidelidad, cooperando con la obra del Espíritu en nuestra vida y en el mundo. Que nuestro sacrificio y el tuyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que presentamos con gratitud y haznos instrumentos de tu amor y consuelo. Que crezcamos en fidelidad, nos apoyemos en el servicio y cultivemos las semillas de tu Espíritu dondequiera que estemos, para que tu Reino florezca entre nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Llamas a tu pueblo por su nombre, lo pastoreas con cuidado y lo conduces a verdes pastos y aguas seguras.

Colocas tu Espíritu entre nosotros para guiarnos, animarnos y fortalecernos, incluso cuando la tarea parece difícil.

En la Iglesia primitiva enviaste a Bernabé para discernir y cultivar tus dones en Antioquía, mostrando que tu plan es más grande que la expectativa humana.

Por Cristo, el Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas y llama a cada uno por su nombre, vemos tu amor revelado. Por ÉL, el Espíritu continúa guiando a tu pueblo, capacitándolo para dar testimonio, servir y dar fruto para tu Reino.

Por ello, con todos los ángeles y santos, proclamamos tu gloria, uniéndonos al himno eterno de alabanza:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como un solo rebaño bajo el cuidado de Cristo, nuestro Buen Pastor, y alentados por Su Espíritu en medio de nosotros, oremos con confianza al Padre en las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal; concédenos la paz en nuestros días, para que, guiados por Cristo, nuestro Buen Pastor, escuchemos atentamente Su voz y permanezcamos fieles a Su llamado.

Ayúdanos, como Bernabé, a reconocer la obra de tu Espíritu, a animarnos unos a otros y a cultivar los dones que das a tu pueblo, para que tu Iglesia crezca en fe, unidad y servicio amoroso.

Que, por tu misericordia, estemos siempre libres de pecado y a salvo de todo peligro, mientras aguardamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres nuestro Pastor, Guía y Protector. Concede paz a nuestros corazones, hogares y comunidades.

Que tu amor supere toda división, traiga esperanza a los desanimados y valentía a los temerosos.

Ayúdanos a escuchar tu voz, apoyarnos mutuamente en la fe y ser instrumentos de reconciliación y aliento.

Por tu cuidado constante, que experimentemos la plenitud de paz, confianza y alegría en tu presencia, y compartamos esa paz con todos los que encontramos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
el Buen Pastor que llama a sus ovejas por su nombre y las sostiene con seguridad en Su mano.

Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero, donde somos nutridos para escuchar Su voz y seguirlo con fidelidad.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Buen Pastor nos ha alimentado con Su Cuerpo y Sangre.

Que Su cuidado continúe guiándonos, fortaleciéndonos e inspirándonos a vivir vidas de aliento, compasión y servicio fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, al participar de esta Eucaristía, ayúdanos a seguir fielmente a Cristo, escuchar Su voz y animarnos mutuamente como miembros de Su rebaño.

Que nuestras vidas reflejen Su amor y que seamos canales de la obra del Espíritu en nuestras familias, comunidades y Iglesia.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, el Padre, te pastoree; que Cristo, el Buen Pastor, te guíe; y que el Espíritu Santo te fortalezca en la fe, la esperanza y el amor. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, siguiendo a Cristo, nuestro Buen Pastor, y compartan Su amor, cuidado y aliento con todos los que encuentren.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cristo te conoce por tu nombre, te anima personalmente y te llama a participar en Su obra.

Escucha Su voz, apoya a los demás y sé un testigo fiel del Espíritu que actúa en el mundo.

Miércoles de la 4ª semana de Pascua

Santa Catalina de Siena

Hechos 12,24-13,5; Jn 12,44-50

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años leí sobre un pequeño y remoto pueblo que nunca había tenido electricidad. Un grupo de ingenieros se ofreció voluntariamente para llevar energía a la comunidad, pero eso significaba dejar atrás sus hogares, familias y comodidades. Algunos habitantes dudaron, preguntando: “¿Por qué dejarlos ir? ¡Los necesitamos aquí!” Sin embargo, los ingenieros partieron. Cuando finalmente se encendieron las luces, el pueblo cobró vida de maneras que nadie había imaginado. Lo que para los ingenieros había sido un sacrificio se convirtió en un regalo para toda la comunidad.

Las lecturas de hoy muestran una dinámica similar. En el Evangelio, Jesús habla de ser enviado por Dios, su Padre, para llevar salvación y verdad al mundo. El envío del Hijo por parte de Dios es un acto concreto de amor, que revela su corazón a todos. Jesús acepta plenamente esta misión,

a pesar de la oposición que enfrenta.

En la primera lectura, la Iglesia primitiva en Antioquía, guiada por el Espíritu Santo, envía a Pablo y Bernabé más allá de lo conocido para proclamar la Buena Nueva. Debió ser tentador decir: “No podemos prescindir de ellos”. Sin embargo, confiaron en que Dios bendeciría su generosidad.

Hoy también honramos a Santa Catalina de Siena, quien dejó la seguridad de su hogar para servir a Dios y a la Iglesia con valor y oración. Su testimonio nos recuerda que, cuando ofrecemos nuestro tiempo, talentos e incluso nuestras comodidades para la obra de Dios, su luz llega mucho más lejos de lo que podemos imaginar.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, perdónanos cuando nos aferramos a la comodidad y resistimos tu llamado a servir. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, ayúdanos a confiar en tu guía y a dar pasos valientes hacia tu misión. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, renueva nuestros corazones para seguirte fielmente, incluso cuando implique sacrificio. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
por el amor constante de Cristo, perdona nuestros pecados, fortalece nuestra fe y guíanos por sus caminos, y condúcenos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, enviaste a tu Hijo al mundo para traer salvación y verdad.

Concédenos que, inspirados por su ejemplo y por el testimonio de tus santos, abracemos nuestro llamado a servir a los demás con fidelidad, sigamos tu guía con valentía y compartamos la luz de Cristo con quienes más la necesitan. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA: “ENVIADOS PARA DAR, ENVIADOS PARA SERVIR”

Hace algunos años, escuché sobre una maestra llamada Lina que se ofreció voluntariamente en la escuela de un pueblo remoto. Las aulas estaban abarrotadas, los materiales escasos, y muchos niños nunca habían sostenido un libro de texto. Lina dejó la comodidad de su hogar y sus rutinas familiares para enseñar allí. No hizo todo sola: formó asistentes locales, compartió ideas con otros voluntarios y animó a los niños a aprender. Con el tiempo, la escuela se convirtió en un lugar vibrante de educación y esperanza. Lo que comenzó como un sacrificio personal floreció en un regalo para toda la comunidad.

Las lecturas de hoy muestran una dinámica similar. En el Evangelio, Dios envió a su Hijo por amor al mundo, un acto concreto de entrega que cambió a la humanidad para siempre. El envío de Jesús no fue teórico; fue un verdadero vaciamiento de sí mismo por nuestro bien.

La primera lectura muestra a la Iglesia en Antioquía actuando con el mismo espíritu. Guiados por el Espíritu Santo, enviaron a Pablo y Bernabé más allá de su zona de confort para proclamar el Evangelio a quienes nunca lo habían escuchado. Seguramente era tentador retener a sus miembros más dotados, pero el Espíritu los llamó a dar libremente para que otros recibieran el mensaje transformador de Dios.

Santa Catalina de Siena ejemplifica este mismo valor. Dejó la seguridad de su hogar para servir a Dios, a la Iglesia y a los pobres, mostrando que el verdadero discipulado a menudo nos pide ofrecer nuestro tiempo, energía e incluso nuestra comodidad por los demás.

El principio es claro: dar requiere riesgo, confianza y soltar lo que más valoramos. Sin embargo, al hacerlo, participamos en la generosidad de Dios, llevando vida, esperanza y luz a lugares que de otro modo permanecerían en la oscuridad. Cada acto de servicio—pequeño o grande—canaliza el amor de Dios y expande su reino.

Así como Lina transformó la escuela del pueblo, la Iglesia en Antioquía y, en última instancia, Jesús mismo nos muestran que la obra de Dios prospera cuando respondemos con generosidad. No somos enviados para guardar nuestros dones o permanecer cómodos, sino para dar, servir y confiar en que Dios multiplica nuestra entrega.

Oremos por el valor de responder como Lina, Pablo, Bernabé y Santa Catalina: dar desinteresadamente, servir con fidelidad y confiar en el Espíritu que hace que nuestros pequeños sacrificios den frutos extraordinarios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestros corazones, nuestro tiempo y nuestra disposición a ser enviados por Dios al mundo, para servir, alentar y proclamar la Buena Nueva. Oremos ahora para que mi sacrificio y el vuestro sean aceptables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones y nuestra entrega personal.

Que nos fortalezcan para servir a los demás, seguir a Cristo con fidelidad y participar en la misión de tu Espíritu en la Iglesia y en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es realmente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte siempre gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Enviaste a tu Hijo al mundo para revelar tu amor y reunir a tu pueblo en una sola familia.

Por Él, aprendemos el poder de la entrega, la alegría del servicio fiel y el llamado a participar en tu obra salvadora. Por Cristo, tu Espíritu nos inspira a actuar con valentía, a llevar luz a los lugares oscuros y a servir con generosidad de corazón. Por eso, con ángeles y santos, proclamamos tu gloria y nos unimos al himno interminable de alabanza: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Señor Jesús nos revela al Padre e invita a vivir como hijos de Dios, confiando en su amor y guía. Con esa confianza, recemos las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, fortalecidos por la gracia de esta Eucaristía,
tengamos el valor de servirte fielmente,
la fuerza para abrazar la misión que nos confías,
y la generosidad de compartir tu amor con los demás.

Así como sustentaste a la Iglesia primitiva y guiaste a tus siervos en su misión, sostenenos en la fe y la esperanza mediante el Cuerpo y la Sangre de Cristo, mientras aguardamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
nos has dado tu vida, tu enseñanza y tu Espíritu.
Concédenos paz en nuestros corazones, familias y comunidades.

Que tu presencia guíe nuestras acciones, sane nuestras divisiones e inspire a servir a los demás con fidelidad.
Ayúdanos a dar testimonio de tu amor y compartir tu luz dondequiera que vayamos.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a quien quita los pecados del mundo.
Como enviados a llevar la luz de Cristo al mundo a través de nuestra fe y servicio, bienaventurados somos los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Cuerpo y la Sangre de Cristo nos nutren y fortalecen para servir con valentía, amar generosamente y proclamar la Buena Nueva con nuestra vida. Habiendo recibido al Señor, enviado por el Padre como luz del mundo, que también salgamos como sus testigos. Fortalecidos por esta Eucaristía, que nuestras palabras y acciones reflejen su amor, llevando esperanza, fe y luz a quienes encontremos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, al participar de esta Eucaristía, ayúdanos a seguir a Cristo con valentía, servir con fidelidad y permitir que tu Espíritu guíe nuestra misión en el mundo. Que demos testimonio de tu amor con nuestras palabras y obras. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, el Padre, los cuide como pastor;
que Cristo, el Buen Pastor, los guíe;
y que el Espíritu Santo les conceda valentía para servir y generosidad para amar. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, siguiendo fielmente a Cristo,
y compartan su luz, amor y cuidado con todos los que encuentren.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cristo nos llama a cada uno a servir con valentía y generosidad.

Siguiéndolo con fidelidad, nos convertimos en instrumentos de su amor, valor y luz en el mundo.

Jueves, Cuarta Semana de Pascua

Hechos 13,13-25; Juan 13,16-20

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un joven entró en un café muy concurrido de la ciudad, llevando con dificultad dos bandejas grandes con bebidas. En su prisa, tropezó y derramó todas las bebidas sobre la mesa de unos desconocidos. Todos lo miraron, irritados, listos para regañarlo; pero una anciana comenzó en silencio a ayudarlo a limpiar. No lo reprendió ni hizo escándalo por su error. Simplemente lo sirvió con paciencia y amabilidad. Ese pequeño acto inesperado de cuidado levantó su ánimo más que cualquier palabra.

De alguna manera, esa historia refleja las lecturas de hoy. Los actos simples de servicio y ánimo —aunque parezcan pequeños— tienen un poder extraordinario cuando se hacen con amor y humildad. La vida de Jesús estuvo llena de estos gestos. En el Evangelio, Él nos muestra la humildad radical, lavando los pies de sus discípulos,

incluso los de Judas, quien lo traicionaría. Ese gesto va más allá de lo simbólico; revela el corazón de Cristo, un amor que se da sin condiciones.

En la primera lectura, Pablo y sus compañeros llegan a Antioquía y pronuncian palabras de aliento a la comunidad. Estas palabras, unidas a acciones concretas de apoyo y presencia, ayudaron a que la Iglesia primitiva prosperara. El ánimo y el aliento son esenciales en la vida de fe; es un ministerio al alcance de todos. Tal vez no viajemos a tierras lejanas como Pablo, pero cada palabra amable, cada gesto paciente, cada acto de servicio humilde puede levantar a otros, fortalecer la fe y reflejar la presencia de Cristo en el mundo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, perdónanos cuando fallamos en servir a los demás con humildad y paciencia. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, ayúdanos a seguir tu ejemplo en nuestra vida diaria, ofreciendo servicio sin buscar reconocimiento.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, renueva nuestros corazones para que podamos actuar con amor y ánimo, reflejando tu presencia a todos los que encontramos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
por el don de Cristo, perdona nuestros pecados, renueva nuestro espíritu y fortalece nuestra voluntad de servir a los demás fielmente, llevándonos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios,
enviaste a tu Hijo al mundo para servir, amar y llevar tu mensaje a todas las personas.
Concédenos que, inspirados por su ejemplo, podamos servir humildemente a los demás, ofrecer ánimo sin medida y reflejar tu amor en nuestra vida cotidiana. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Hace algunos años, en un pequeño pueblo, un joven sacerdote notó que muchas familias tenían dificultades para alimentar a sus hijos y no podían cubrir necesidades básicas. En lugar de lamentarse, comenzó a visitar cada casa, escuchar a las familias y organizar una red de apoyo con voluntarios del pueblo: compartían alimentos, ropa y palabras de aliento. Poco a poco, la comunidad se fortaleció; los niños pudieron asistir a la escuela y las familias sintieron esperanza. Un acto aparentemente simple tuvo un efecto profundo en toda la comunidad.

Las lecturas de hoy nos muestran el mismo principio. En la primera lectura, Pablo y sus compañeros llegan a Antioquía y ofrecen “palabras de ánimo” a los creyentes. Pero en la Iglesia primitiva, el aliento nunca era solo palabra: se respaldaba con acciones concretas de apoyo, presencia y cuidado. Como el sacerdote, nuestras palabras y obras pueden levantar a otros, ayudarlos a crecer y llevar el amor de Dios a sus vidas.

En el Evangelio, Jesús nos muestra la forma más alta de servicio humilde. Al lavar los pies de sus discípulos — incluso de quienes lo traicionarían— demuestra que el amor es activo, generoso y sin condiciones. El verdadero servicio no busca reconocimiento ni recompensa; busca el bien del otro. Cada acto de bondad, paciencia o aliento, aunque parezca pequeño, participa de su misión.

Estamos llamados a seguir este ejemplo en nuestra vida. Cada gesto de cuidado, cada palabra paciente, cada acto de ánimo puede transformar situaciones y corazones de maneras que quizás nunca veamos completamente. Así como el sacerdote devolvió esperanza a su comunidad, nosotros también podemos ser instrumentos del amor de Cristo, llevando luz, ánimo y vida dondequiera que vayamos.

Oremos por la gracia de servir como Jesús: humildemente, con paciencia y generosidad, confiando en que nuestros pequeños actos de amor y aliento tienen el poder de reflejar su corazón a un mundo necesitado. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones, ofrezcamos nuestra disposición para servir, nuestra paciencia y nuestro amor a Dios, confiando en que incluso los actos más humildes pueden dar grandes frutos en su Reino. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones de pan y vino, y la ofrenda de nuestros corazones.

Que nos fortalezcan para servir a los demás con humildad, animarnos mutuamente en la fe y participar en tu obra salvadora. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte siempre gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Enviaste a tu Hijo al mundo para servir y enseñar, amar y elevar, y revelar la profundidad de tu misericordia.

Por Él, conocemos el poder del servicio humilde y del

amor incondicional.

Por su ejemplo, la Iglesia primitiva se inspiró para alentar, apoyar y proclamar tu verdad a todas las naciones.

Por Cristo y en la fuerza del Espíritu Santo, estamos llamados a continuar esta misión, sirviendo con humildad, ofreciendo ánimo y dando testimonio de tu amor en todo lo que hacemos.

Por eso, con los ángeles y santos, proclamamos tu gloria y nos unimos al himno sin fin de alabanza: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Cristo nos muestra el amor humilde de un servidor y nos enseña a vivir como hijos del mismo Padre amoroso. Con confianza en ese Padre que nos llama a servirnos unos a otros, recemos las palabras que Jesús nos dio:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, y concédenos la paz en nuestros días. Que el Cuerpo y la Sangre de Cristo que recibimos nutran nuestro corazón, fortalezcan nuestro compromiso de servir humildemente e inspiren a ofrecer ánimo, apoyo y amor a todos los que encontremos. Por este sacramento, guíanos para reflejar la mente y el corazón de Cristo en cada acción, mientras esperamos con gozosa esperanza la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, nos has mostrado el poder del servicio humilde y del amor generoso. Concédenos paz en nuestro corazón, en nuestro hogar y en nuestra comunidad. Ayúdanos a llevar tu amor a los demás mediante paciencia, ánimo y actos de bondad.

Que tu Espíritu nos guíe para caminar en tus pasos, sirviendo y amando fielmente a quienes nos rodean. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a Aquel que sirve humildemente y da su vida por
el mundo.

Bienaventurados los llamados a su mesa,
para ser nutridos y enviados a servir con amor, ánimo y
generosidad.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Eucaristía nos recuerda que la verdadera grandeza se
encuentra en el servicio humilde, y que incluso los actos
más pequeños de aliento pueden revelar el amor de Cristo
al mundo. Fortalecidos por su Cuerpo y Sangre, somos
enviados a llevar esperanza, bondad y compasión a
quienes encontramos, reflejando el corazón de Jesús en
nuestra vida cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
al recibir esta Eucaristía, que seamos fortalecidos para
servir a los demás con humildad, animar y apoyar a los
necesitados, y vivir según el ejemplo de Cristo, quien se

dio libremente por todos.

Que tu Espíritu guíe nuestras palabras y acciones, para
que a través de nuestro servicio y amor, otros puedan
encontrar tu presencia y misericordia en el mundo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, el Padre, te guíe;
que Cristo, nuestro Pastor Siervo, te fortalezca;
y que el Espíritu Santo te inspire a amar y servir con
generosidad. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, para servir y animar a los demás, reflejando
el amor y la humildad de Cristo en todo lo que hagan.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El servicio fiel, el amor humilde y el ánimo transforman
vidas ordinarias en canales de la presencia de Cristo.
Incluso los actos más pequeños, hechos con amor,
pueden dar frutos extraordinarios.

Viernes de la 4.^a Semana de Pascua

San José Obrero

Hechos 13:26-33; Juan 14:1-6

INTRODUCCIÓN

Hay una historia sobre un joven carpintero que acababa de terminar su aprendizaje. Un día, su maestro le dijo: “Ve y construye un puente sobre el río. El diseño es mío, pero la forma de construirlo depende de ti.” Al principio se sintió abrumado, pero confió en su maestro y, día tras día, construyó un puente que permitió a innumerables personas cruzar con seguridad durante años.

En el Evangelio de hoy, Jesús tranquiliza a sus discípulos de manera similar. En la víspera de Su Pasión, les dice: “No se turbe vuestro corazón. Confíen en Dios; confíen también en mí... Voy a preparar un lugar para ustedes, y volveré para llevarlos conmigo.” Él es el Camino, la Verdad y la Vida: nos guía hacia Dios, nos revela plenamente a Dios y nos da vida ahora y para la eternidad. Como el

joven carpintero, estamos invitados a confiar en Él como nuestro mapa.

Pero Jesús no nos deja solos. Aunque se prepara para partir físicamente, promete el Espíritu Santo, que permanece con nosotros. Ya experimentamos un anticipo de la casa del Padre a través de la Iglesia, en cada acto de amor, Eucaristía y perdón: momentos en que Jesús hace Su hogar en nosotros.

La pregunta de Tomás, “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos conocer el camino?” refleja nuestros propios miedos. Jesús responde: Él es el Camino. Nuestro viaje, con todos sus desafíos y pérdidas, tiene dirección: hacia Dios. San José, el Obrero, nos enseña cómo el trabajo humilde y fiel hecho con amor es parte de este camino. Como él, estamos llamados a hacer visible la presencia de Dios en nuestra vida diaria, confiando en que cada pequeño acto de amor nos conduce a casa.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, perdónanos cuando el miedo y la incertidumbre nos impidan confiar plenamente en ti.
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, ayúdanos a seguirte fielmente, incluso cuando el camino por delante parezca incierto.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, fortalece nuestros corazones para que podamos confiar en tu guía, seguir tu Camino y habitar contigo para siempre.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
por el amor de Cristo, perdona nuestros pecados, renueva nuestra esperanza y fortalece nuestros corazones para confiar en Él, y llévanos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios,
nos llamas a confiar en tu Hijo, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Concédenos que lo sigamos fielmente, encontremos consuelo en Su presencia y habitemos en tu casa con confianza y esperanza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Hace algunos años, un jardinero plantó una pequeña semilla en un terreno árido. Cada día la regaba, quitaba las malas hierbas y la cuidaba con paciencia, aunque al principio nada parecía crecer. Con el tiempo, la semilla brotó, creció fuerte y eventualmente se convirtió en un árbol que ofrecía sombra, frutos y belleza a todos los que pasaban. Lo que parecía un esfuerzo humilde y casi invisible trajo vida y bendición mucho más allá de lo que podía imaginar.

En el Evangelio de hoy, Jesús tranquiliza a sus discípulos de manera similar. En la víspera de su crucifixión, dice: “No se turbe vuestro corazón. Confíen en Dios; confíen también en mí... Voy a preparar un lugar para ustedes.” Él es el Camino, la Verdad y la Vida: nos guía hacia Dios, nos revela plenamente a Dios y nos da vida ahora y para siempre. Como el jardinero, estamos llamados a confiar en Él y a cultivar nuestras vidas en la fe, paso a paso, incluso cuando los resultados no se ven de inmediato.

Jesús no nos deja solos. Aunque se aleja físicamente, promete el Espíritu Santo, que permanece con nosotros. A través de la Iglesia, la Eucaristía, los actos de amor y el perdón, Jesús hace Su hogar en nosotros ahora.

La pregunta de Tomás, “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos conocer el camino?” nos recuerda que el miedo y la incertidumbre son naturales. Pero Jesús responde: Él es el Camino. Nuestro viaje, con todos sus desafíos, tiene dirección: hacia Dios. Incluso en el dolor o la confusión, no estamos abandonados; Dios está preparando un lugar para nosotros.

San José, el Obrero, nos muestra cómo vivir con fidelidad silenciosa. Su trabajo humilde hecho con amor nos enseña que la santidad también se encuentra en las tareas ordinarias. Como él, estamos llamados a hacer visible la presencia de Dios en nuestra vida diaria, confiando en que cada pequeño acto de amor forma parte del camino hacia nuestro hogar.

Vivamos con confianza, sabiendo que Jesús es nuestro Camino y nuestro destino. Paso a paso, sigamos Su guía, confiando en que la vida que cultivamos en la fe dará fruto para nosotros y para los demás. Como dijo Jesús, “No se turbe vuestro corazón.” Confiemos, sigamos y habitemos en Él hoy, mañana y siempre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestro corazón y nuestra confianza, pidiendo a Dios que nos fortalezca para seguir a Cristo fielmente y habitar en Su amor. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, el Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones y, a través de ellos, fortalécenos para caminar por el Camino de tu Hijo. Que el sacrificio de esta Eucaristía inspire nuestros corazones a confiar en ti, actuar con amor y permanecer fieles, para que podamos habitar en tu casa y compartir la vida eterna.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Enviaste a tu Hijo al mundo para guiar, redimir y traer vida eterna. Por su muerte y resurrección, mostró el camino al Padre y nos abrió la senda de la confianza, la obediencia y la comunión.

Por su enseñanza, su cuidado y su presencia en la Iglesia, aprendemos a caminar fielmente en tu amor.

Hoy, al celebrar el ejemplo de San José, el Obrero, recordamos que el trabajo ordinario, ofrecido con fe y humildad, se convierte en medio de gracia y santidad. Por la vida, muerte y resurrección de Cristo, Él preparó un lugar para nosotros, una morada en tu casa, y nos fortaleció para seguirlo en los desafíos de la vida diaria.

Por eso, con ángeles y santos, te alabamos y nos unimos al himno eterno de gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Cristo, que nos guía como el Camino, la Verdad y la Vida, nos llama a confiar en Su amor y a vivir como hijos del Padre. Con confianza en Su cuidado y presencia, recemos juntos las palabras que Él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal y concédenos la paz en nuestros días.

Que el Cuerpo y la Sangre de Cristo que recibimos fortalezca nuestra fe, guíe nuestros pasos y nos llene de esperanza.

A través de este sacramento, inspíranos a confiar en Tu plan, actuar con amor y abrazar el camino que nos has preparado.

Que experimentemos la seguridad de Tu presencia ahora y la promesa de habitar eternamente en Tu casa, mientras esperamos con alegre esperanza la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida.

Concede paz a nuestros corazones, hogares y comunidades.

Ayúdanos a confiar en tu guía, permanecer fieles en nuestras tareas diarias y caminar con seguridad por el camino que has preparado para nosotros.

Que tu Espíritu nos capacite para habitar en tu amor, servir a los demás con esperanza y irradiar tu paz a todos a nuestro alrededor.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,

he aquí a Aquel que sirve con humildad y da Su vida por el mundo.

Bienaventurados los llamados a Su mesa, para ser alimentados y enviados a dar fruto en amor, aliento y servicio fiel.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Eucaristía nos recuerda que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde, y que incluso los pequeños actos de amor y apoyo pueden traer vida y esperanza a quienes nos rodean.

Fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, estamos invitados a confiar en Su guía, cultivar la fe en los demás y seguir Su camino paso a paso, sabiendo que cada acto de cuidado contribuye al puente que Él construye en el mundo.

Al recibirlo, experimentamos la presencia de Dios habitando en nosotros y la promesa de la vida eterna.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, al recibir esta Eucaristía, que seamos fortalecidos para caminar por el camino que nos has preparado, servir a los demás con humildad y alentar y apoyar a los necesitados.

Ayúdanos a confiar en Tu plan, actuar con amor en cada momento y hacer visible Tu presencia en nuestra vida diaria, siguiendo el ejemplo de Cristo y de San José.

A través de este sacramento, crezcamos en fe, esperanza y alegría, y demos fruto para tu Reino, hasta que lleguemos a habitar contigo para siempre. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, nuestro Padre, te guíe;
que Cristo, el Camino, te fortalezca;
y que el Espíritu Santo te inspire a confiar, servir y vivir con esperanza cada día. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en Cristo como su Camino, Verdad y Vida, y sirvan a los demás con esperanza y amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Incluso el trabajo ordinario, cuando se ofrece con fe y amor, participa en el plan de Dios.

Confía en Cristo, sigue Su Camino y habita en Su presencia: tu trabajo se vuelve santo, tu vida adquiere sentido y tu corazón encuentra descanso eterno.

Sábado de la 4ª semana de Pascua

San Atanasio - *Hechos 13,44-52; Jn 14,7-14*

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una pequeña comunidad decidió renovar un viejo parque infantil descuidado. Al principio, parecía imposible: recursos limitados, poca experiencia y mucho trabajo por hacer. Sin embargo, los vecinos se unieron, compartieron sus habilidades, ofrecieron horas de voluntariado y se animaron mutuamente. Al final, el parque se transformó en un espacio vibrante que tocó la vida de cientos de niños e inspiró a otras comunidades. Ninguna persona sola habría podido lograrlo, pero juntos consiguieron mucho más de lo que podían imaginar.

En el Evangelio de hoy, Jesús dice: “El que cree en mí hará también las obras que yo hago, y hará aún mayores, porque yo voy al Padre” (Jn 14,12). ¿Cómo podrían sus discípulos —o nosotros— hacer obras mayores que las de Jesús mismo? Él habla del poder del Espíritu obrando en los creyentes, extendiendo su misión más allá del tiempo y del lugar a través de nosotros.

Felipe pregunta: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14,8). Como Felipe, anhelamos una visión tangible de Dios. Jesús responde: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Encontrarlo con fe —en la Palabra, en los Sacramentos y en los demás— es vislumbrar a Dios aquí y ahora.

También recordamos a San Atanasio, quien defendió la verdad de la divinidad de Cristo ante una feroz oposición. Su valentía nos recuerda que la obra de Dios continúa a través de discípulos fieles, incluso en tiempos difíciles. La promesa de Jesús de realizar obras mayores no se trata de gloria personal, sino de participar en la misión de Dios. Las acciones ordinarias, unidas a Cristo y potenciadas por el Espíritu, pueden producir resultados extraordinarios. Como un estudiante que plantó una pequeña semilla que creció hasta convertirse en un árbol magnífico, estamos invitados a plantar nuestras semillas de fe, confiando en que, a través de Él, son posibles obras aún mayores.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, perdónanos cuando dudamos de tu presencia y poder en nuestras vidas.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, ayúdanos a confiar en tu Espíritu y a participar en tu obra mediante actos de fe y servicio.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, fortalece nuestros corazones para responder a tu llamado, servir fielmente a los demás y testimoniar tu amor en todo lo que hacemos.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
por Cristo, perdone nuestros pecados, renueve nuestro corazón y fortalezca nuestra fe,
para que, fortalecidos por el Espíritu, podamos participar en tus obras de amor y dar testimonio de tu verdad,
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios,
tú enviaste a tu Hijo para revelarnos tu amor e invitarnos a participar en tus obras.

Concédenos que, guiados por el Espíritu, podamos confiar en Cristo, testimoniar su verdad y realizar buenas obras que glorifiquen tu nombre y traigan vida al mundo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA: VER AL PADRE Y REALIZAR OBRAS MAYORES

Hace algunos años, una joven maestra notó que muchos niños de su barrio tenían dificultades para leer. Comenzó un pequeño programa extracurricular en su sala de estar. Al principio, el progreso fue lento, pero persistió, enseñando con paciencia y celebrando cada pequeño éxito. Con el tiempo, sus alumnos no solo aprendieron a leer, sino que también inspiraron confianza y curiosidad en sus familias y en la comunidad. Lo que comenzó como un

esfuerzo humilde se convirtió en algo mucho mayor de lo que ella podía imaginar.

En el Evangelio de hoy, Jesús dice: “El que cree en mí hará también las obras que yo hago, y hará aún mayores, porque yo voy al Padre” (Jn 14,12). ¿Cómo puede ser esto? Él habla del Espíritu obrando en los creyentes. Por medio del Espíritu, el Señor resucitado continúa su misión más allá del tiempo y del lugar, y elige trabajar a través de nosotros.

Felipe pregunta: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14,8). Como Felipe, anhelamos un sentido tangible de Dios. Jesús responde: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Encontrarlo con fe —en la Palabra, en los Sacramentos y en los demás— es vislumbrar a Dios aquí y ahora.

También recordamos a San Atanasio, quien, en medio de feroz oposición en el siglo IV, defendió la verdad de la divinidad de Cristo. Su testimonio firme nos recuerda que

la obra de Dios continúa a través de discípulos fieles, incluso en tiempos difíciles.

La promesa de Jesús de realizar obras mayores no se trata de gloria personal, sino de participación en la misión de Dios. Mientras su ministerio terreno se limitó a Judea y Galilea, por el Espíritu su misión ahora se extiende a todo el mundo a través de cada creyente que abre su corazón. Nuestras acciones ordinarias, unidas a Cristo y potenciadas por el Espíritu, pueden producir resultados extraordinarios.

Al salir de aquí, recordemos que ver a Cristo con fe es ya encontrarse con el Padre. Confiando en el Espíritu, podemos realizar obras más allá de nuestra imaginación, continuando la misión del Señor resucitado. Como un estudiante que planta una pequeña semilla que crece hasta convertirse en un árbol magnífico, Jesús nos invita a plantar nuestras semillas, confiando en que, en Él, son posibles obras aún mayores.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones, ofrezcamos no solo el pan y el vino, sino también nuestra fe, nuestra disposición a servir y nuestro compromiso de participar en la misión de Cristo. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones y, por medio de ellos, fortalece nuestra determinación de vivir siguiendo el ejemplo de Cristo. Que el Espíritu nos guíe para que nuestras acciones den testimonio de tu amor, y que demos fruto duradero para tu reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Enviaste a tu Hijo al mundo para mostrarnos el camino, revelarnos tu verdad y llamarnos a participar en tus obras. Por medio de Él vemos tu amor en acción y somos

invitados a compartir la misión de difundir tu bondad y misericordia. En cada acto de fe, valor y servicio, cooperamos con tu Espíritu para transformar el mundo y llevar esperanza a los necesitados.

Hoy, al recordar la vida de San Atanasio, celebramos la fidelidad que persevera contra todo obstáculo y los frutos que surgen cuando confiamos y actuamos según tu voluntad.

Por ello, junto con los ángeles y santos, nos unimos al himno eterno de alabanza: Santo, Santo, Santo...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal y concédenos paz en nuestros días.

Que el Cuerpo y la Sangre de Cristo que recibimos hoy fortalezcan nuestros corazones, inspiren nuestras acciones y nos llenen de fe y valor.

Haznos capaces de participar en tus obras, testimoniar tu verdad y dar fruto en tu reino, guiados siempre por tu Espíritu, mientras esperamos con alegría la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, nos llamas a ser colaboradores contigo en el Espíritu.

Concede paz a nuestros corazones, a nuestras familias y comunidades.

Enséñanos a confiar en tu guía, a trabajar con valor y amor, y a dar testimonio de tu verdad en toda circunstancia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a Aquel que sirve humildemente y da su vida por el mundo.

Bienaventurados los llamados a su mesa,
para ser alimentados con su Cuerpo y Sangre y enviados a dar fruto en la fe, el amor y el servicio fiel, continuando las obras de Cristo en el mundo.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Eucaristía nos fortalece para ser instrumentos de la obra de Dios. Cada acto de fe, bondad y servicio —por pequeño que sea— puede dar fruto más allá de lo imaginable cuando se ofrece unido a Cristo. Al recibirlo, recordamos que ver a Cristo con fe es ya encontrarse con el Padre, y que el Espíritu nos capacita para participar en la misión de Dios, extendiendo su amor y verdad a todos los que encontramos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, al recibir a tu Hijo en esta Eucaristía, fortalécenos para confiar en el Espíritu, participar en tus obras de amor y dar testimonio de la verdad de Cristo en nuestra vida diaria.

Ayúdanos a actuar con humildad, valentía y generosidad, sembrando semillas de fe, ánimo y servicio, confiados en que, por Ti, incluso los esfuerzos más pequeños pueden producir resultados extraordinarios.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, nuestro Padre, te guíe;
que Cristo, el Hijo, te fortalezca;
y que el Espíritu Santo te inspire a testimoniar, servir y dar
fruto en cada acción. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, fortalecidos por Cristo y potenciados por el
Espíritu para dar testimonio del amor de Dios con sus
palabras y acciones.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Incluso un solo acto de fe, ofrecido con amor y confianza,
puede convertirse en una semilla que dé fruto mucho más
allá de lo que podemos ver.

Por Cristo, potenciados por el Espíritu, estamos llamados
a realizar obras mayores y compartir su luz con el mundo.